

**APOCALIPSIS  
ISLAND  
GUERRA TOTAL Z**

**Vicente García**

DOLMEN  
EDITORIAL

## PRÓLOGO

La humanidad logró sobrevivir a la que se denominó *la Gran Plaga*, aunque el coste que supuso y los sacrificios que se tuvieron que llevar a cabo fueron enormes y nunca podrán ser relatados con la suficiente justicia. La sociedad quedó conmocionada para siempre por los terribles episodios que vivió durante aquella oscura etapa de su historia; familias enteras convertidas al canibalismo, trágicas escenas domésticas en las que el ciudadano debía sufrir la doble tragedia de ver a algún ser querido convertirse en una abominable criatura para luego tener que rematarlo.

Muchas de las grandes obras arquitectónicas realizadas por el ser humano fueron destruidas. También la inocencia de la gente, que tras sobrevivir al regreso de los muertos tuvo que aprender a dormir por las noches con sus miedos, su pasado, sus ansiedades y, en muchos casos, con algunas acciones de dudosa moralidad que se vieron obligados a llevar a cabo durante *la Gran Plaga*.

Acabada la crisis, por todo el planeta, desde América hasta Europa, se podían ver grúas reconstruyendo la mayoría de los edificios caídos, o equipos cercando la entrada de inmuebles vacíos. Aunque lo peor estaba por llegar. Una vez conocida la situación de África y Sudamérica, con cientos de millones de zombis deambulando por esos continentes, se decidió abandonar a su suerte a personas que aún no estaban infectadas, aplazando para un futuro indefinido una posible solución que nunca llegaría, y condenando a su vez al olvido y a la muerte

a millones de supervivientes. Fue otra de esas ocasiones en las que la humanidad decidió acarrear moralmente con las consecuencias de los daños colaterales, escudándose bajo el pretexto de que para acabar con un mal mayor eran necesarias medidas drásticas que conllevaban males menores.

Pero, a pesar de todo, nuestra especie no aprendió ninguna lección. Más bien al contrario, ya que lejos de apartar para siempre a los no-muertos de sus vidas, acabando con ellos para siempre, se decidió convivir con estos bajo el falso pretexto de no olvidar el pasado y evitar cometer los mismos errores. No era más que una excusa, ya que detrás de aquellas desafortunadas decisiones no había pretextos humanitarios ni altruistas, sino intereses económicos.

Grandes corporaciones pretendieron *domesticar* a los zombis intentando buscarles una innoble rentabilidad, convirtiéndolos en mascotas para posibles clientes adinerados. Aunque la principal fuente de beneficio se basaba en poder contar con una mano de obra que no acusaba la fatiga, no se quejaba ni sublevaba y, como valor añadido, duraba para siempre. Pero los fracasos se fueron sucediendo ante la imposibilidad de controlar a una fuerza de la naturaleza como eran los zombis. Fracasos catastróficos, como el que tuvo lugar en el norte de Francia, donde un edificio de investigación tuvo que ser completamente sellado y puesto en cuarentena ante la amenaza de contagio. Finalmente, cuando la situación se volvió insostenible, los poco más de cien seres humanos que todavía quedaban en el interior fueron masacrados de manera brutal. Todos, salvo dos chicas jóvenes que, en un estado físico y psicológico lamentable, tuvieron que ser internadas en un manicomio tras sobrevivir encerradas en un pequeño pero robusto armario que no dejó de ser golpeado por los zombis durante todo el tiempo en que se vieron obligadas a estar confinadas en su interior.

Uno de los mayores incentivos para las empresas privadas fue el de intentar dar con el elixir de la eterna juventud, que ahora parecía más cerca que nunca, al existir unos seres que parecían condenados a vagar por el mundo para siempre sin sufrir el deterioro del paso del tiempo. Y eso por no hablar de

las cábalas surgidas en torno a la posible fuente de energía que empujaba y hacía funcionar a los zombis, así como las posibilidades de aplicarla a los seres humanos, logrando acabar de esa forma y para siempre con el hambre.

A lo largo y ancho del planeta surgieron distintos centros de investigación cuyo fin no era otro que el intentar descubrir el origen del Virus Z del ADN, así como el desarrollo de una posible cura o vacuna que pudiera resolver cualquier eventualidad futura relacionada con los zombis. En los Estados Unidos se reclutó a un grupo de científicos llegados de todos los puntos del planeta, mentes prodigiosas al servicio de la causa, con el fin de ponerse al frente de la investigación sobre el fenómeno zombi. El macro-proyecto se llevaba a cabo en numerosos centros públicos, privados, e incluso en las instalaciones de entidades secretas en las que —siempre bajo estricto control gubernamental— se realizaban todo tipo de experimentos y estudios.

Y aquí es donde comienza nuestra historia.

# PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO I

## REGRESO AL PASADO

*Hace algunos años, 3 de enero de 1992*

—Señores y señora, bienvenidos a la base de la Libertad. —El robusto y casi lampiño sargento Meyers se dirigió así a los científicos recién llegados, repitiendo un discurso que estaba cansado de pronunciar, lo cual no se molestaba en ocultar en el tono de su voz —. Como ya saben, han pasado a engrosar las filas del insigne ejército norteamericano. Han recibido una instrucción previa que estoy seguro que, en la mayoría de los casos, deja mucho que desear. Espero que al menos les haya quedado claro lo que implica la firma que han estampado en su contrato.

»Por lo que a mí respecta, no son más que meros reclutas a mi cargo y, por su propia seguridad, como tales serán tratados. Han perdido su condición de civiles, a la que podrán regresar cuando lo deseen simplemente cancelando su contrato. Y no teman, esto no es como en las películas; no tengo el menor interés en que eso suceda, pero han de tener claro que ni podemos concederles privilegios con respecto al resto de personal militar de la base, ni correr riesgos por ser transigentes con ustedes. No van a experimentar con conejos ni manipular compuestos químicos, sino que trabajarán con algo mucho más peligroso: los zombis. Imagino que todos ustedes estarán familiarizados de un modo u otro con esos hijos de la gran puta y no hará falta que les alerte sobre el peligro que co-

rremos todos los integrantes de esta base por el simple hecho de compartir el aire con ellos.

»Supongo que estarán cansados, así que continuaremos con esta charla después de la cena. ¿Alguna pregunta?

Tras unos segundos de silencio, uno de los científicos levantó la mano y habló en un perfecto inglés pronunciado con acento galo:

— En ningún momento se nos comunicó que fuéramos a estar bajo un estricto régimen militar, a las órdenes de un sargento frustrado con aspiraciones de gloria que pudiera proyectar ese sentimiento sobre nosotros.

El sargento Meyers suspiró fatigado, con las manos apoyadas en las caderas. Siempre que llegaba un grupo de científicos nuevo contaba con el típico pedante antisistema para el que ya tenía una respuesta tipo preparada.

— Imagino que es usted el señor... ¿Dupuis? Según el informe que he leído de todos ustedes, ha llevado a cabo su entrenamiento e instrucción bajo las laxas normas de la Academia Militar de Fort Los Ángeles, donde compruebo que no le han enseñado qué significa el respeto hacia la cadena de mando ni qué supone la disciplina. Supongo que no hará falta que le recuerde que nadie le obligó a firmar el succulento contrato de seis cifras que ha conducido su gordo y flácido culo hasta nosotros. Dicho lo cual, y llegados a este punto, tiene dos opciones: firmar la revocación de su contrato como asalariado del ejército, o iniciar su estancia con nosotros con una semana en el calabozo arrestado por insubordinación, sirviendo de paso como ejemplo para el resto de sus compañeros, que espero saquen algo en claro de su descato.

Dupuis permaneció en silencio unos segundos para acabar empeorando la situación con su siguiente intervención.

— No creo que tal decisión esté en sus manos...

— Quiero suponer que el señor Dupuis es inteligente y ha optado por una tercera opción: dos semanas arrestado en una de nuestras cómodas celdas por insubordinación frente a un superior.

En esta ocasión Dupuis calló y agachó la cabeza. Acompañó al joven policía militar que le conduciría hasta el lugar donde llevaría a cabo su confinamiento, que al final sería de solo ocho

días, ya que el apremio existente resultaba un motivo de indulgencia y de mayor peso que la estupidez circunstancial del científico de turno.

El resto de nuevos reclutas, trece en total, fueron acompañados hasta su nuevo alojamiento. Nada lujoso, pero desde luego, mucho mejor que los casi insalubres barracones donde habían estado viviendo durante el período de instrucción. Se trataba de pequeños chalets dispuestos para acoger a tres o cuatro personas. Allí podían continuar con sus estudios y experimentos fuera de la jornada laboral de ocho horas. Este tipo de “privilegio” con respecto al resto de militares de la base — que sí vivían en barracones — era relativamente reciente; se inició cuando los mandos descubrieron que muchos de aquellos científicos continuaban con su trabajo después de su jornada, cosa que los recién instaurados sindicatos no tardaron en prohibir. Aunque los militares tampoco se demoraron en dar con una solución bastante sencilla, ofreciendo la posibilidad, con aquellos chalets perfectamente equipados, de que pudieran llevarse el trabajo a casa. Al principio hubo cierto malestar entre el resto del personal de la base, pero pronto quedó claro que un buen número de científicos continuaba su investigación hasta altas horas de la madrugada, enfrascados en todo tipo de elucubraciones biológicas, algebraicas o físicas, con lo que nadie tuvo ya nada que objetar.

En el fondo, acabaron siendo un ejemplo para toda la base, ya que se dedicaban en cuerpo y alma a su cometido sin emitir queja alguna. Incluso sus mayores detractores tuvieron que callar cuando los peores vaticinios no se cumplieron. *¿Qué clase de ser puede trabajar dieciséis horas, dormir cuatro y no cometer un error de consideración al día siguiente? ¡Y estamos hablando de errores que podrían costarnos la vida a todos!* El veterano General de División Brubaker, al mando de la base y con dos estrellas de cinco puntas en sus hombros, hizo caso inicialmente a aquellos agoreros asignando una vigilancia extra a aquellos científicos que parecían más faltos de sueño. Pero no tardaron en descubrir que debían estar hechos de otra pasta, ya que no solo no parecían necesitar dormir sino que despertaban más motivados.

Aunque no lo decían de manera abierta, más de uno pensaba que si hubieran patentado lo que fuera que se estaban tomando para aguantar aquel ritmo se habrían hecho ricos mucho antes.

El chalet hasta donde fue conducido el recién ascendido cabo Marc no difería mucho de los otros. Contaba con una planta baja con comedor comunitario, un gran televisor a color, cocina y una salita con una gran mesa para reuniones. Aunque la mayor parte del trabajo era desempeñado en las habitaciones individuales, ubicadas en el piso superior.

Por lo general, la paz solía reinar en todas las bases reconvertidas para uso científico y dedicadas al estudio de los zombis. Aunque Marc no tardó en percibir el germen de lo que podría acabar siendo un problema latente. Entre el grupo de recién llegados, científicos en su mayoría sustraídos de otras naciones devastadas por el holocausto Z e incapaces de competir económicamente con las ofertas económicas de los EE.UU., había dos norteamericanos de los que Marc no había oído hablar hasta el momento, y que no parecían estar a la altura intelectual del resto. Conocía, por supuesto, al reaccionario doctor Dupuis, al retraído Karlstad —proveniente de alguna provincia perdida del interior de Alemania— al brasileño Santos y a otros tantos cuyas disertaciones había seguido antes y después de la Gran Plaga, en revistas y demás publicaciones científicas. Pero de aquellos dos norteamericanos no había oído hablar en la vida y su presencia parecía destinada únicamente a cubrir el cupo de autóctonos.

Poco a poco fue olvidándose de ellos y centrándose en sus investigaciones con el grupo de trabajo que le había sido asignado. Y es que, para facilitar el orden en los avances que llevaba a cabo el personal, los científicos fueron clasificados por grupos de trabajo. De esta forma, mientras que el grupo Alpha estudiaba una posible vacuna para el virus Z del ADN, los Beta estaban enfrascados en determinar de qué se alimentaban aquellos seres. Por su parte, los Delta se dedicaban a buscar rastros de raciocinio en los zombis, el grupo Epsilon intentaba establecer algún tipo de comunicación con ellos y Kappa trataba de lograr

cierto grado de adiestramiento. El grupo de Marc, el Gamma, se centraba en intentar descubrir el origen mismo de la plaga, sobre el que había todo tipo de teorías, a cada cual más bizarra.

El equipo de los norteamericanos estaba dentro del recién formado grupo Zeta, del que nadie parecía saber nada, pero que a su vez se nutría de todo cuanto iba descubriendo el resto. Marc, que no acababa de entender por qué se denominada grupo Zeta y no Omega, como la última letra del abecedario griego, albergaba serias sospechas de que su objetivo era la búsqueda de una aplicación militar de los zombis. Dicho de otra manera, intentar convertirlos en supersoldados.

En el fondo, aquello le era indiferente. Sus trabas morales desaparecían en beneficio del pensamiento más práctico: tenía a su disposición los mejores medios e instalaciones que pudieran existir. Si se obviaba a los rusos, cuyo secretismo hacía palidecer incluso al mantenido en aquella base por los Zeta. Claro que él no hablaba ruso, y el trasladarse a Moscú no lo veía como una opción especialmente recomendable, a pesar de que todo lo que oía de su máximo dirigente era positivo.

Al cabo de una semana, cuando ya se había olvidado de los norteamericanos y estaba junto sus compañeros, inmerso en sus estudios, se le acercó el doctor Edmon Bendis, el más joven de los dos componente del grupo Zeta. Era un chico prodigio que ni tan siquiera había alcanzado todavía la veintena.

—Necesitaría ver tus notas —espetó el joven Bendis, que lucía su habitual peinado perfecto.

—¿Para qué? —preguntó Marc, levantando un instante la mirada de sus apuntes.

—Simple rutina —respondió el otro, mientras se tomaba la libertad de coger algunos de los documentos que Marc tenía sobre su mesa con total naturalidad.

—Será mejor que vuelvas a dejar eso donde estaba —advirtió Marc, visiblemente molesto. Era una persona muy reservada, si había algo que no le gustaba era que se tomaran aquella clase de libertades sin su consentimiento—. No sé cuál será tu modo habitual de actuar, pero en lo que a mí respecta, convendría que no implicara tocar mis cosas.

— ¿Perdona? Creo que no acabo de entenderte, debe de ser que no termino de *captar* tu inglés — ironizó Bendis—. Me parece muy osado por tu parte venir a mi país y tomarte esa clase de libertades. Simplemente considero que el trabajo de los que estáis en esta sala podría sernos de gran ayuda en el grupo Zeta.

—Hasta ahora no he tenido ningún problema para hacerme entender en tu idioma. Aunque me alegra que mantengamos esta charla, a lo mejor así recibo un poco de información sobre lo que hacéis en vuestro reducto apartado del resto de la base — comentó Marc a voz alzada, tratando de captar la atención de sus compañeros, aunque estos ya permanecían atentos desde la llegada del norteamericano—. Estoy convencido de que te disponías a informarme acerca de cómo encaja vuestro trabajo con nuestras investigaciones sobre la ausencia de descomposición de los zombis.

Bendis, captando a la perfección la falta de diplomacia de Marc, decidió atajar aquella charla, que no estaba resultando como tenía previsto de antemano.

— He intentado ser todo lo amable que he podido — dijo con fingida resignación, ante los ojos de incredulidad de Marc —, pero creo que no has percibido que no te lo estaba pidiendo, sino que te estaba ordenando que me dieras acceso a los informes de vuestras investigaciones.

— Veo que la estulticia de la que haces gala no se circunscribe a mi inglés, sino que alcanza a tus conocimientos militares. ¿Ves estos galones? — preguntó Marc, señalándose el distintivo que llevaba sujeto en la hombrera de su chaqueta, al que hasta aquel momento no había encontrado utilidad alguna—. Son de cabo, que es la graduación mínima que nos dan de origen a los europeos cuando nos embarcamos en este tipo de misiones transoceánicas. Para mí no representan nada con respecto al resto de mis compañeros, aunque en esta ocasión me va a ser de cierta utilidad, ya que no alcanzo a ver sobre tu hombro insignia de graduación de ninguna clase.

Bendis enrojeció al instante. Era un joven atractivo, de familia acaudalada y acostumbrado a que se le abrieran todas las puertas, y aquellas frases — en las que se colaban una o dos palabras

que no conseguía entender — le habían descolocado por completo. Tampoco ayudó el hecho de que notara los gestos de burla de todos los presentes.

Herido en su orgullo, Bendis se retiró sin mediar palabra. Pero no pareció rendirse, ya que minutos después apareció de nuevo junto a su compañero, quien sí que lucía galones sobre su hombro, aunque tampoco era de una graduación militar elevada.

—Creo que esta pantomima ya ha durado más que suficiente —dijo el cabo primero Week con tono seco—. Entrégame de una puñetera vez lo que te ha solicitado y no perdamos más el tiempo.

Marc se incorporó de inmediato, dispuesto a encararlos.

—Podéis recurrir al régimen militar cada vez que lo consideréis oportuno, pero en lo que a mí respecta, carecéis de la más mínima autoridad moral o legal —incurrió el científico sin perder la compostura—. Firmé un contrato según el cual solo estoy obligado a entregar mi trabajo al oficial científico de guardia, y mi vista no alcanza a ver a ningún subteniente en la sala.

*Este cabrón se las sabe todas*, pensó Bendis, incapaz de disimular en su rostro el gesto de asombro ante su réplica. ¿Quién en su sano juicio era capaz de memorizarse las ordenanzas de aquella forma?

—Me da igual tu asqueroso contrato —contestó enfurecido el cabo primero—, ¡te estoy dando una *orden!*

—¿Una orden? ¿Se puede saber qué me estoy perdiendo aquí? —dijo el sargento Meyers irrumpiendo en la estancia e interviniendo en aquella trifulca que estaba tomando tintes de pelea callejera—. ¿Desde cuándo se echa mano entre el grupo científico de las graduaciones simbólicas que ostentan por el mero hecho de abandonar sus casas y coger un avión? ¿Han olvidado acaso las princesitas quién es el jodido enemigo al que nos enfrentamos?

—Pero señor —apuró a responder Bendis en tono justificatorio—, necesitamos esos informes para poder aclarar un punto con respecto al fortalecimiento muscular en caso de una segunda resurre...

Bendis calló automáticamente al darse cuenta de que había hablado más de la cuenta. Tampoco es que importara mucho, ya que de poco serviría aquella información sin los datos complementarios que manejaban en el Grupo Gamma. Pero en todo momento, el objetivo había sido mantenerlo en secreto, y era evidente que Marc sabía ahora que estaban intentando resucitar a muertos vivientes.

*¿Qué será lo próximo?*, pensó.

— Perfecto, pues tendrá ese informe dentro de tres días, cuando se lo solicite a su compañero según el protocolo — concluyó Meyers.

— ¿De... dentro de tres días? — tartamudeó Bendis.

— Sí, tres días — repitió el sargento —, cuando salgan del puto calabozo en el que permanecerán reclusos, con todo el tiempo del mundo para pensar en la que debería ser su prioridad, tanto aquí como fuera de estas instalaciones, si es que alguna vez tienen que luchar de nuevo mano a mano contra los zombis. Y tengan en cuenta que la próxima vez les patearé el culo personalmente y me encargaré de que se pasen una semana a pan y agua para ver si de así espabilan.

En esta ocasión, tanto Marc como Bendis cumplieron el castigo hasta el final, siendo liberados de su encierro el viernes por la noche, cuando la mayoría de sus compañeros habían abandonado la base para disfrutar de su primer fin de semana de permiso. Con pocas ganas de hablar, comenzaron a caminar por los pasillos del edificio central, en cuyo ala norte estaban ubicadas las zonas de confinamiento.

El silencio reinaba en aquellos estrechos corredores iluminados a duras penas por las luces de emergencia, aunque tras doblar una esquina, Marc creyó oír algo a sus espaldas; había sonado como el ruido de un cuchillo al caer al suelo y el eco había retumbado por los pasillos hasta llegar a ellos.

Bendis fue el primero en girarse y ver a varias figuras lejanas caminando en su dirección. Le era imposible distinguir de quiénes se trataba, aunque aquella forma de andar tan característica no dejaba lugar a dudas.

— ¿S-son lo que creo que son? — preguntó Bendis, sin acabar de creérselo.

—No es posible, no aquí... —respondió Marc con incredulidad—. Hace un momento no estaban.

—¡Salgamos de aquí y busquemos ayuda! —propuso Bendis, dejando de lado sus diferencias personales—. Sin armas no tenemos nada que hacer contra ellos.

Comenzaron a correr sin dejar de mirar atrás. De repente, aquellas criaturas del infierno iniciaron lo que parecía ser también una carrera en pos de ellos. Casi podían sentir a sus espaldas la ansiedad fámélica de aquellos seres putrefactos.

—¿¡Qué está sucediendo!?! —preguntó Marc con los ojos fuera de sus órbitas—. ¿Qué cojones de experimentos habéis estado haciendo en la Zona Zeta? —añadió, maldiciendo a su compañero, quien, tras girar al galope una esquina frenó de golpe haciendo que Marc se diera de bruces contra él.

—¿Por qué has fren...? —comenzó a decir Marc, justo antes de reparar en lo que tenía a su frente.

A escasos veinte metros, cerrándoles el paso por completo, avanzaba otro grupo de zombis, que al verlos se lanzó a por ellos del mismo modo que la turba que ya ganaba terreno desde el otro lado.

—Estamos perdidos —musitó Marc en tono derrotado.

Apenas los separaban unos metros de los dos grupos de zombis, cuando la luz de emergencia se apagó y los dejó sumidos en la más absoluta oscuridad. Estaban acabados. Casi a ciegas, Marc consiguió asestarle un puñetazo a un zombi que había alcanzado a Bendis y le estaba mordiendo con fiereza el brazo. El joven científico chillaba desesperado.

De pronto, Marc sintió cómo otro de aquellos monstruos le mordía sin piedad su propio brazo, provocándole una herida por la que comenzaron a manar unos finos hilos de líquido carmesí. No pudo evitar soltar un alarido mientras lanzaba su puño con todas sus fuerzas sobre el rostro del zombi. Fue entonces cuando sucedió algo que ninguno de los dos esperaba: la criatura se llevó las manos a la cara y comenzó a gritar, al tiempo que las luces se encendían.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Marc contemplando incrédulo la escena que tenía delante.

—¿No pensaríais que os ibais a librar de las novatadas? — respondió el falso zombi que había recibido el puñetazo en la cara — . Aunque no sé quién ha salido peor parado.

—¿Pero estáis mal de la cabeza? — añadió Marc señalando la herida todavía sangrante de su brazo — . ¿No podíais inventaros otro *rito de iniciación* más estúpido? Esto esto es un centro de investigación avanzada, no una puta universidad repleta de adolescentes descerebrados.

—Menudas ideas de bombero — intervino un perplejo Bendis, contemplando a sus compañeros, que se habían disfrazado de zombis ataviados con ropas desgarradas y casquería.

—Ya está bien, todo el mundo a su pabellón a dormir la mona — ordenó el sargento Meyers, que acababa de aparecer, sin poder reprimir una de sus escasas sonrisas — . Ya nos hemos divertido bastante por hoy. Mañana nos espera un largo día de trabajo.

—Pero mañana teníamos el día libre — protestó Bendis.

—En efecto, lo tenían — respondió el sargento Meyers — . Pero hay que recuperar el trabajo de esos tres días que han perdidos ustedes dos en el calabozo. De modo que ya pueden agradecerse-lo mutuamente e ir a descansar lo que puedan esta noche.

## Extracto de una entrevista a Marc

**El País:** *Felicidades, es usted el único español incluido en el programa Z.O.N.A., destinado a analizar e investigar el fenómeno zombi, además de uno de los integrantes más jóvenes del grupo. ¿Por qué cree que ha sido usted seleccionado?*

**Marc:** Supongo que porque no me asusta la sangre, aunque creo que hoy en día queda ya poca gente que se impresione con ella (risas). Ahora en serio, imagino que el motivo principal habrá sido por mis buenas puntuaciones académicas y por los artículos que me han ido publicando en revistas como *Nature Genetics*, *Science*, *Cancer Research*, *Chemical Reviews* o el *Journal of the American Chemical Society*. Nunca les di mucha importancia a las menciones, pero parece que ha habido gente a la que sí les han llamado la atención. Además, hablar inglés de manera fluida también habrá ayudado. Pasé varios veranos en Irlanda y siempre me gustó leer tebeos y no he dejado de practicar el idioma desde entonces. Imagino que también influye la publicidad y relevancia que le da al proyecto tener a algunos europeos en el grupo, y no quedaron muchos alemanes o ingleses tras la Primera Plaga.

**El País:** *¿Cuál es su fuerte?, ¿en qué está especializado?*

**Marc:** Eso me pregunto yo mismo en muchas ocasiones, ya que mis estudios e investigaciones siempre han sido muy eclécticos. Como decía mi madre, sirvo tanto para un roto como para un descosido, lo cual habrá sido otro punto a mi favor. Principalmente, mis estudios durante los últimos meses se estaban centrandó en la descomposición molecular orgánica e inorgánica, el origen estructural a niveles subatómicos y la transmisión viral subespacial.

*El País:* ¿Cuál será su función en el proyecto?

*Marc:* Todavía estoy a la espera de que me lo confirmen, pero al parecer estaré con un grupo que investigará el modo de contagio del virus Z, aunque el fin último de todos estos centros que ahora están surgiendo creo que es descubrir el origen mismo de la resurrección de los muertos y evitar que vuelva a suceder en el futuro.

*El País:* ¿Qué opina de la polémica en torno al hecho de que tengan que estar sometidos a un régimen militar?

*Marc:* Como comprenderá, me ha de parecer bien, no sea que mis futuros jefes lean estas líneas; aunque creo que no entienden demasiado el español ni les llega la prensa extranjera. Estados Unidos es un país por naturaleza conservador, de modo que esta medida irá sin duda encaminada a mantener el orden dentro de sus fronteras, y de paso evitar que se les cuele algún indeseable. De todas formas, se trata de un régimen mixto, no solo militar, algo nuevo y experimental. No tengo del todo claro en que consistirá, lo que sí es seguro es que tendré a mi disposición la mejor tecnología y estaré rodeado de las mentes más brillantes del planeta. Y no hay que olvidar que, aunque la guerra contra los zombis ha acabado, ellos han retomado la que tenían pendiente con la Unión Soviética, aunque desconozco en qué punto está o si pretenden buscar una solución pacífica en breve.

*El País:* Se dice que se han abolido muchas libertades en los EE.UU. y que este sistema 'mixto' es un ejemplo más de ello.

*Marc:* Se dicen muchas cosas, pero en la actualidad hay una gran falta de información. Siguen sin recuperarse

muchos de los satélites perdidos, las comunicaciones internacionales continúan sin estar completamente restablecidas. En general, reina la anarquía en muchos países, los regímenes totalitarios se han multiplicado, las dictaduras militares afloran por doquier y naciones enteras han desaparecido bajo la marea zombi... Cada país debe enfrentarse a estos acontecimientos según su idiosincrasia particular. El tiempo determinará si ese sistema es correcto o no.

*El País: ¿Qué opina de la continuación de la Guerra Fría? ¿Recibió alguna oferta por parte soviética?*

**Marc:** La verdad es que no. Por lo poco que sé, ellos están reclutando científicos de entre los países del reinstaurado Pacto de Varsovia. Hay mucho miedo en general en la sociedad, miedo a un resurgimiento zombi, miedo a una guerra nuclear... La Guerra Fría vuelve a ser una amenaza y la desconfianza entre estas dos potencias y sus distintas maneras de encarar los problemas no ayudan a dar seguridad al ciudadano de a pie. Están condenados a entenderse, aunque no lo sepan. Pero mejor no se lo digan no sea que no estén muy de acuerdo con mis opiniones y me encuentre esta noche frente a mi casa a un tipo de negro deseando tener una conversación *privada* conmigo sobre mis ideas.

*El País: Veo que todavía le queda algo de humor, virtud que parece no ser muy habitual en estos días.*

**Marc:** Imagino que esa es mi contribución a intentar hacer de este un mundo mejor. De todas formas, el que más o el que menos ha perdido a algún ser querido en esta crisis y entiendo que la gente no esté muy por la labor de bromear.

***El País:** ¿Cómo ve un científico como usted la fase de instrucción militar que tendrá que llevar a cabo?*

***Marc:** En algún momento tenía que prestar servicio militar, espero que esto me convalide en España. La instrucción militar no será muy dura, o al menos eso me prometieron. Siempre me hizo ilusión aprender a pilotar helicópteros y supongo que formará parte de mi instrucción para casos de evacuación de las bases.*

***El País:** Da gusto encontrarse con un científico con un poco de sentido del humor. Muchas gracias por su tiempo.*

***Marc:** Muchas gracias a usted. La imagen que la sociedad tiene de nosotros en muchos casos está estereotipada. No se crea todo lo que lee en los diarios.*

## CAPÍTULO 2

### EL SONIDO DE LOS CAMIONES

*5 de febrero de 1996*

El pasillo del centro de investigación estaba atestado de zombis que rodeaban a sus víctimas. Marc casi no podía reprimir la risa. Cada principio de año, con la llegada de los novatos, la inocentada se iba repitiendo de forma sistemática, convirtiéndose en una tradición que cada vez perpetraban mejor, hasta el punto de que la marcha zombi pasó de ser la verbena improvisada de aquella primera vez, a una verdadera horda en la que no faltaba de nada. Ni siquiera un verdadero experto en la criatura hubiera podido distinguirlos de auténticos muertos vivientes: trajes desgarrados, intestinos colgando aquí y allá, sangre manchando toda la ropa; incluso había un brazo de maniquí, que nadie sabía de dónde había salido, y que era uno de los mejores puntos del espectáculo, cuando su dueño lo alzaba en la distancia, emitía un gruñido victorioso y lo mordía escondido en las sombras.

Y como cada año, resultaba imposible que alguno de los falsos zombis no se llevara algún que otro puñetazo de los asustados recién llegados. Pero ver la cara de espanto de los novatos compensaba ese pequeño sacrificio. En definitiva, se había convertido en una especie de bautismo, una prueba de iniciación consentida por los mandos. Por supuesto, había novatos que no podían evitar orinarse encima, aunque los más peligrosos eran

los que solían llevar armas de fuego. A pesar de que se procuraba siempre vaciar los cargadores antes de esa broma iniciática, dos años antes se produjo un incidente que casi le costó la vida a uno de los científicos del Grupo Gamma, que fue atravesado limpiamente por el disparo de uno de los novatos, que desenfundó un arma que nadie tenía controlada. Por fortuna, el disparo no acertó ningún órgano vital y la novatada continuó celebrándose año tras año. Aunque hubo algunas discusiones entre los científicos más conservadores acerca de suspender aquella “atroz tradición”. Para acallar las voces reticentes, todos ellos eran donantes de órganos y cedían el resto de miembros no útiles para el estudio de la ciencia.

— En todo caso, tratadme mejor en la próxima vida — dijo Wallace, uno de los científicos del Grupo Beta a sus compañeros, ante la posibilidad de morir durante alguna de aquellas inocentadas.

El acto estaba tocando a su fin aquel año cuando comenzaron a sonar con estruendo las sirenas de la base, anunciando reunión en el patio. Marc miró la hora extrañado y comprobó que su reloj marcaba las diez de la noche; no había nada previsto en la agenda del cuartel, por lo que aquello no podía ser otra cosa que el presagio de malas noticias.

Todo el grupo se despojó con rapidez del *atrezzo* de zombi y se dirigió al patio con el traje militar reglamentario. Marc comprobó que se trataba de una asamblea general. Todo el personal de la base se formó, perfecta y ordenadamente, en el centro del patio. Al fondo, junto al general de dos estrellas Brubaker, al mando de la base, estaba un teniente general de tres estrellas que no conocía. De hecho, era la primera vez que veía a alguien de tan alta graduación en aquel abandonado lugar que los militares de verdad intentaban evitar a toda cosa.

El teniente general permanecía callado a la espera de algún rezagado. Sin duda desconfiaba acerca de la destreza y disciplina de aquel grupo. De forma gradual, se inició un leve murmullo especulativo entre la tropa, que no dejaba de preguntarse si estarían ahí reunidos para ser informados de una hipotética nueva invasión zombi, del cierre de las instalaciones o sobre cambios en el mando de la base.

— Como bien saben, no me gusta irme por las ramas — comenzó la diatriba, sin más preámbulos, el general Brubaker —. Están ustedes aquí presentes con la finalidad de ser informados de toda una serie de cambios dentro de la base que les afectará de forma directa. Deben ser conscientes de que todo lo que escucharán a partir de ahora quedará en el más estricto de los silencios, bajo pena de Consejo de Guerra. Todos y cada uno de los países a los que representan han firmado un acuerdo secreto de colaboración, aprobando una serie de medidas que, a partir de la medianoche de hoy, se pondrán en marcha. Asimismo, deben tener en cuenta que aunque abandonaran los Estados Unidos de América podrían ser juzgados, ya que se han establecido acuerdos de extradición globales, y que si resultaran culpables en el consiguiente juicio el castigo sería la pena capital.

»Le recomiendo a todo aquel que no quiera conocer el mensaje que a continuación les será transmitido, dé un paso, se encamine a su barracón y empaquete sus cosas.

El general Brubaker dejó un margen de unos segundos para comprobar la reacción de sus hombres, a la vez que uno de sus ayudantes se acercaba para entregarle un papel y susurrarle algo al oído, mientras que un runrún recorría las filas de científicos.

— Parece ser que estaba errado y dos de ustedes pertenecen a países que no han participado en este acuerdo — informó el general Brubaker —. Señor Pascal Brossier y señor Olsen, ni Suiza ni Noruega parecen estar conformes con las medidas, de modo que, en su caso, si quieren permanecer en la base deberán de optar por firmar la doble nacionalidad por vía administrativa urgente. Si les interesa, acompañen al Comandante Fallon al centro administrativo para proceder con los trámites burocráticos. A continuación, si nadie tiene intención de abandonar la base, el teniente general McKane procederá a informarles de los cambios.

— Por lo que veo, me han informado mal sobre ustedes, catalogándoles como indisciplinados y cobardes ratas de laboratorio — comenzó diciendo, con muy poco tacto, el teniente general McKane —. He visto filas compuestas por militares profesionales

mucho peor formadas que la que tengo frente a mí, y, con sinceridad, me esperaba una deserción general o algún comentario inapropiado por parte de algún listillo acerca de sus libertades individuales. Me complace ver que están entregados a la preservación de la especie humana ante un enemigo latente y mortal de la envergadura del zombi.

»Y estas van a ser las únicas palabras agradables que escucharán salir de mi boca a lo largo de la noche. Una vez acabe mi discurso, tendrán tiempo para acudir a sus barracones y reflexionar sobre el mensaje que les voy a transmitir.

El teniente general McKane hizo una pausa de unos segundos antes de continuar.

—Las investigaciones sobre los zombis no están dando los frutos esperados, a pesar de la gran cantidad de recursos invertidos en la construcción de centros de estudio y en el reclutamiento de las mentes más brillantes en todos los campos susceptibles de estar relacionados con los muertos vivientes. Diez años después del *Alzamiento*, seguimos casi en el punto de partida. Se desconoce el origen de la Plaga, estamos lejos de encontrar una vacuna efectiva y, lo que es peor, parece que los soviéticos han alcanzado más avances que nosotros en las investigaciones sobre el fenómeno Z. Aunque personalmente pongo en cuarentena esta información por cuanto proviene de espías que han de justificar sus elevados sueldos, lo cierto es que tenemos datos irrefutables de que tienen en marcha un nuevo sistema de acción mucho más agresivo. Y es ese nuevo método el que lleva varios meses debatiéndose de forma interna entre los distintos gobiernos occidentales.

»Se preguntarán en qué consiste este nuevo método experimental. La respuesta es bien sencilla: en prescindir de cobayas animales cuyos ADN están lejos de asemejarse a los nuestros y centrarnos en realizar pruebas y test en sujetos humanos.

La magnitud de aquella revelación provocó una cadena de murmullos entre los soldados que formaban filas. Uno de ellos, un científico con marcado acento argentino, preguntó:

— ¿Señor, está sugiriendo que realicemos las pruebas sobre nosotros mismos?

—Ni mucho menos, ustedes son demasiado valiosos para la causa.

—Señor —preguntó esta vez un asombrado Marc—, ¿se procederá entonces a buscar voluntarios lo suficientemente suicidas como para dejarse inocular todo tipo de sustancias experimentales?

—Entiendo la impaciencia de todos ustedes —continuó el teniente general McKane—, pero si me dejan proseguir acabaremos mucho antes que si seguimos especulando, aunque esta sea la actitud normal de la mente científica —dijo esta vez con el tono más firme, para prevenir a cualquier otro que pudiera tener la tentación de volver a detener su discurso—. No, las pruebas las realizarán sobre criminales convictos, sobre personas sentenciadas a la pena capital y cuyas vidas pertenecen en consecuencia al Estado. Pagarán sus penas llevando a cabo un último y esencial servicio a la sociedad. Nos ayudarán y puede que en algún caso incluso se les condone la pena. Dependiendo de los resultados, y aunque la condena no desaparecería, sí se les podría conmutar por la cadena perpetua. Aunque, siéndoles sincero, y habiendo visto los resultados y las características de sus ensayos, no apostararía a que ninguno de esos desgraciados salga con vida de estos muros.

»Sé que en muchos casos estamos hablando de unas prácticas que irán en contra de los principios más elementales y la moralidad de muchos de ustedes, pero estamos obligados a imponerlas. Se trata de una medida desesperada en pos de lograr algún resultado con el que poder justificar el enorme gasto que supone mantener en marcha tanto esta como el resto de las instalaciones similares con las que contamos. Les recomiendo que se centren en el objetivo de su trabajo y no en los medios para llevarlo a cabo; como les he dicho, se tratará, en todos y cada uno de los casos, de convictos criminales, de gente peligrosa imposible de reincorporar a la sociedad, capaces en de crímenes tan atroces que no alcanzarían siquiera a imaginarlos. De modo que no dejen que sus conciencias les impidan ver lo que hay tras el bosque y límitense a hacer su trabajo. Suerte a todos y que Dios bendiga lo que queda de América.

Justo cuando los cuchicheos estaban comenzando a subir de tono, el general de división Brubaker tomó la palabra.

— Estimados amigos, tras más de una década al frente de la base he de anunciar mi retirada — comenzó su oratoria—. Nunca he sido hombre de muchas palabras voy a empezar hoy. No les envidio en momentos como estos, y solo me gustaría decirles que miren en su interior y sean fuertes. Ha sido un honor servir con ustedes todo este tiempo y les felicito, ya que, pese a los peores augurios, se han comportado como verdaderos soldados. A partir de ahora, cederé el mando de la base al coronel Longhorn recién llegado de la Academia Militar de Texas. Mucha suerte con todo y no cejen en su batalla por mandar de vuelta al infierno a esos malditos.

Aquella era la primera vez que Marc escuchaba decir más de tres frases seguidas al general de división Brubaker, que parecía incluso un poco emocionado. Sin embargo, cuando observó al coronel Longhorn las sensaciones fueron bien distintas. Su mirada era fría y distante, y no acababa de discernir si aquel gesto severo que mantenía en todo momento era fruto de no estar a gusto con el destino al que se incorporaba, de no ver con buenos ojos el proyecto militar de investigación científica o si sencillamente era un cabronazo.

Tras romper filas comenzaron a formarse grupos. Ningún científico daba crédito a lo que acababa de suceder.

— Conmigo que no cuenten, si alguno quiere convertirse en destripador de pobres desgraciados, adelante — espetó uno de los últimos científicos en incorporarse a la base—. En lo que a mí respecta, esto me parece una decisión lamentable e impropia de seres humanos.

— Pues te recuerdo que la han tomado quienes nos gobiernan, de modo que tan “impropia” o equivocada no creo que sea — respondió Greeny, uno de los integrantes del Grupo Zeta.

— ¿Cómo no va a ser equivocada si parece tomada por el gobierno de la Alemania nazi? ¿Cómo pueden pedirnos que usemos a seres humanos como cobayas? ¡Eso es inmoral! — comentó Alejandro, del Grupo Beta.